

bre todo cuando hace oír a las almas que la contemplan estas palabras: «gustad y ved» (Sal 39, 9); «comed y bebed»; «Y embriagaos con mis eternas dulzuras» (Ct 5, 1), «pues mi conversación no tiene rastro de amargura ni mi trato causa tedio; antes más bien consuelo y alegría» (Sb 8, 16.).

**11.** Este conocimiento de la Sabiduría eterna es no solamente el más noble y el más dulce, sino además el más útil y el más necesario, porque la vida eterna consiste en conocer a Dios y a Jesucristo, su Hijo (Jn 17, 3). Conocerte, exclama el Sabio en el libro de la Sabiduría, es la perfección de la justicia y comprender tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad (Sb 15, 3).

Si queremos de veras poseer la vida eterna, tengamos el conocimiento de la Eterna Sabiduría; si queremos llegar a la perfección de la santidad en este mundo, conozcamos la Sabiduría; si queremos tener en nuestro corazón la raíz de la inmortalidad, tengamos en nuestro espíritu el conocimiento de la Sabiduría.

Saber a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saberlo todo; saberlo todo y no saber a Cristo es no saber nada

(Qui Christum noscit, sat scit., si cetera nescit: Esto mismo viene a decir San Agustín en el libro 5 de sus Confesiones, c. 4: «Infelix enim homo qui scit illa omnia, te autem nescit: beatus autem qui te scit, etiam si illa nesciat. Qui vero te et illa novit, non propter illa beator, sed propter tesolum beatus est, si cognoscens te sicut Deum glorificet et gratias agat, et non evanescat in cogitationibus suis» (ML 32, 708).).

**12.** ¿De qué sirve al arquero saber tirar flechas a los lados del blanco a que apunta si no sabe tirar derecho al centro?

¿Para qué nos servirán las demás ciencias no necesarias a la salvación si ignoramos la ciencia de Cristo, única necesaria, centro y fin de todas ellas?

Muchas cosas sabía el Apóstol de las Gentes y muy versado fue en las humanas letras; sin embargo, decía «que sólo quería saber a Cristo crucificado» (1 Co 2, 2.). Digamos, pues, con él: «Desprecio todos los conocimientos de los que hasta ahora hice estima en comparación del de Jesucristo, mi Señor» (Plp 3, 7-8). Veo y experimento ahora que esta ciencia es tan excelente, tan deliciosa, tan provechosa y tan admirable, que ya ningún caso hago de todas las demás que en otro tiempo tanto me habían gustado, pero que hoy me parecen tan vacías y tan ridículas, que entretenerse en ellas es perder el tiempo. «Os digo que Cristo es el abismo de toda ciencia, a fin de que no os dejéis engañar por los agradables y magníficos discursos de los oradores ni por los engañosos sofismas de los filósofos» (Col 2, 4 y 8).

Pues bien: a fin de que todos «crezcamos en la gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P 3, 18), la Sabiduría encarnada, trataremos de ella en los capítulos siguientes, una vez hecha la distinción entre las diversas clases de sabiduría

(Estas líneas preparan la transición a la Segunda parte: Qué es la Sabiduría. Pero antes, en el número 13, da la noticia y la división de la «sabiduría» en general y de las varias cla-

ses de sabiduría. - En el número 14 propone más en particular la división de toda la obra. Va a tratar de la Sabiduría sustancial y eterna: 1.º, en la eternidad; 2.º, en el tiempo: a) en la creación; b) en la encarnación; c) en la vida mortal y en la vida gloriosa. Después tratará de los medios de adquirirla y conservarla.).

## 2. Definición y división del argumento

**13.** La sabiduría en general, y según la significación de su nombre, es una ciencia sabrosa, o sea el gusto de Dios y de su verdad.

Hay varias clases de sabiduría. En primer lugar distingúense la verdadera y la falsa: la verdadera es el gusto de la verdad sin embuste ni disfraz alguno; la falsa es el gusto de la mentira con apariencia de verdad.

Esta falsa sabiduría es la sabiduría o prudencia humana que el Espíritu Santo llama «sabiduría terrena, animal y diabólica».

La verdadera sabiduría se subdivide en natural y sobrenatural. La natural es el conocimiento de las cosas naturales en sus principios últimos, y la sobrenatural es el conocimiento de las cosas sobrenaturales y divinas en su origen.

La Sabiduría sobrenatural se subdivide en sustancial e increada y en accidental y creada. Sabiduría accidental y creada es la comunicación que hace de sí misma a los hombres la Sabiduría increada, o, dicho en otras palabras, es el don de Sabiduría. La Sabiduría sustancial e increada es el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad; es decir, la Sabiduría eterna en la eternidad o Jesucristo en el tiempo.

De esta Sabiduría eterna es propiamente de la que vamos a hablar.

**14.** La contemplaremos en su origen, en la eternidad, en el seno del Padre, como objeto de sus complacencias. La veremos radiante en el tiempo creando el universo. Luego la contemplaremos anonadada en su encarnación y en su vida mortal y, por último, la encontraremos gloriosa y triunfante en los cielos.

Finalmente veremos de qué medios hay que valerse para adquirirla y conservarla.

Dejemos, pues, a los filósofos, por inútiles, los argumentos de su filosofía; dejemos a los alquimistas los secretos de su sabiduría mundana.

Hablemos, pues, de la verdadera Sabiduría, de la Sabiduría eterna, increada y encarnada, a las almas perfectas

(Las palabras «almas perfectas» vienen a ser traducción de la expresión «inter perfectos» de San Pablo, que no significa precisamente los que han llegado ya a la perfección de la vida espiritual, pero sí los cristianos, algo más preparados para conocer el misterio de Jesucristo que lo estaban los corintios cuando San Pablo les predicó la primera vez. En Montfort pudiera entenderse por almas que al menos aspiran a la perfección, lo cual ya puede ser una señal de predestinación, y en ese sentido pueden ser llamadas almas «predestinadas». - Sobre el texto Sapientiam loquimur inter perfectos (1 Co 2, 9) puede verse CORNELLY. 1 Co 2, 6 ss. - De los alquimistas habla más despacio el Santo en el capítulo 7)

y predestinadas.